

Por la autora de *Morir no es lo que más duele*

INÉS PLANA

ANTES
MUEREN
LOS
QUE NO
AMAN


ESPASA

INÉS PLANA

ANTES MUEREN
LOS QUE NO AMAN



ESPASA © NARRATIVA

© Inés Plana Giné, 2019

© Los fragmentos citados de *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen, corresponden a la edición de Cátedra, col. Letras Universales, ed. Mario Parajón, 2016, reproducidos por cortesía de Ediciones Cátedra

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.254-2019

ISBN: 978-84-670-5640-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO I

Fue un hachazo que parecía caído del cielo a traición, para clavarse profundamente en la tierra y provocar un abismo entre las gentes y sus esperanzas. A un lado quedaron las personas y las hipotecas que ya no podían pagar, los trabajos que dejaron de existir, las empresas arruinadas, la tristeza, la perplejidad. Al otro lado de la sima insalvable, las casas tan bonitas, los coches tan nuevos, las vacaciones en el trópico, la seguridad de las nóminas, las salidas de fin de semana y otros tantos sueños cumplidos. No se iba a tender ningún puente para regresar a aquellos mundos perdidos. Al contrario, la intención era dinamitar todos los que aún se mantenían incólumes. Notificaciones de embargos y desahucios, notificaciones de impagos, notificaciones siempre hostiles llegaban a muchos buzones y paralizaban a las personas, impotentes ante el despliegue de tan poderosa maquinaria. En aquellas Navidades del año 2009 ya se empezaba a comprender que así sería hasta no se sabía cuándo y detrás de cada risotada, de cada villancico, de cada copa de champán se ocultaba el desconsuelo ante lo inevitable.

En la mañana del 23 de diciembre, una funcionaria de la Tesorería de la Seguridad Social yacía en el suelo decapitada. Se llamaba Pepa Ordovás. Junto con otros compañeros, había invertido el tiempo del desayuno para recoger firmas en la puerta de la delegación de Uvés de San Juan, una localidad madrileña cercana a Torreldones y El Escorial. Se avecinaban para el próximo año recortes salariales a los trabajadores públicos. Nunca hasta entonces había sucedido algo así. Con campanillas y panderetas navideñas, Pepa Ordovás y sus colegas animaban a quienes entraban o salían de la oficina a firmar contra

los tijeretazos del Gobierno. De repente, sin mediar palabra, alguien le escupió a la cara y le dio un violento empujón, de tal forma que impulsó su cuerpo hacia atrás y se estrelló contra la cristalera de la entrada, que se rompió con gran estruendo. La caída podría no haber sido mortal, pero un gran trozo de vidrio afilado se descolgó del marco, se desprendió con la eficacia de una guillotina sobre el cuello de la funcionaria y le seccionó la cabeza, que dio un pequeño brinco y quedó del revés, con el rostro pegado contra el suelo y el cabello ensortijado de color caoba mirando al techo, en medio de la sangre que había manado a borbotones del tronco mutilado. Fue tal el impacto emocional entre quienes presenciaron el suceso, y todo ocurrió tan rápido, que nadie persiguió a la mujer que había empujado violentamente a la funcionaria y que huyó a la carrera. Sí, fue una mujer. Con un anorak violeta y un sombrero panamá de color marrón. Solo recordaban eso. El guardia de seguridad estaba en aquel momento repartiendo números de turno y salió corriendo al oír gritos fuera, pero llegó tarde para evitar la tragedia.

Al teniente de la Policía Judicial de la Guardia Civil Julián Tresser le comunicaron el suceso mientras intentaba sacar dinero de un cajero automático. Llevaba días aplazando la operación por falta de tiempo y, al final, se había quedado sin efectivo. No tenía ni para un café. Le ordenó a la guardia Lucía Brancho que detuviera el coche patrulla frente a un banco de Uvés y se encontró con la sorpresa de que alguien había inutilizado con silicona la ranura de la tarjeta. En la oficina se había formado una cola en la que el teniente no estaba dispuesto a participar. Fue entonces cuando recibió la llamada y ordenó enseguida a su subordinada que le condujera hacia la delegación de la Tesorería de la Seguridad Social, junto a la plaza del Ayuntamiento de Uvés.

—Una mujer muerta, mi teniente, lo sé —comentó Brancho—. Me lo acaban de comunicar a mí también mientras estaba usted en el cajero.

Últimamente, los funcionarios de las oficinas del Inem y de la Seguridad Social de buena parte del país habían denunciado amenazas e incluso agresiones de los ciudadanos, pero

el teniente no podía imaginar que tal exasperación pudiera desembocar en una muerte. ¿Tan mal estaban las cosas? Mientras la guardia Brancho conducía con celeridad y tarareaba muy bajito una canción, como solía hacer siempre que coincidían en el coche patrulla, Tresser sintió pudor por haber hecho una transacción inmobiliaria satisfactoria cuando más de la mitad del país se estaba quedando sin trabajo y se desesperaba intentando vender sus casas para librarse de las hipotecas. Había puesto a la venta el piso de su madre ya fallecida, una amplia vivienda en el centro de Madrid, en la calle Linneo, a dos pasos de la calle Segovia y cercana a la catedral de la Almudena. Estaba tan convencido de que le costaría venderla que le sorprendió mucho que, a los cinco meses de dejarla en manos de una inmobiliaria, una persona se interesara por ella y decidiera adquirirla sin pedir rebaja alguna sobre el precio. El comprador, un abogado, llevaba tiempo buscando un piso exactamente en esa misma calle, donde vivían sus padres, ya mayores y delicados de salud. Quería vivir cerca de ellos y aquel piso estaba justamente enfrente. Le bastaba cruzar la calle si se producía una emergencia. «Un capricho de quien tiene dinero», pensó Tresser, a quien le parecía excesiva aquella urgente necesidad del abogado de vivir pegado a sus padres. ¿Por qué no se los llevó a su casa directamente? «Yo también podría haber vivido con mi madre y no lo hice. Quién soy yo para juzgar», se reprochó.

El cuerpo de la funcionaria Pepa Ordovás, por un lado; la cabeza, por otro. Entre sangre y cristales. La imagen era atroz.

—Qué pena... —fue lo primero que comentó la guardia civil Brancho al acercarse al cadáver con el teniente y retirar la manta que cubría a la víctima. Brancho era una joven a la que no inquietaban las truculencias de su oficio, por eso se recreó secretamente en aquella cabeza cortada. «Qué pequeñas parecen todas cuando se separan del cuerpo», pensó; o quizá lo musitó sin darse cuenta, porque observó en su teniente un gesto de reproche.

—Brancho, ¿qué murmura? Deje de mirar el cadáver como si fuera el primero y póngase a trabajar.

—A sus órdenes, mi teniente. ¿Por dónde empezamos?

—Comience por mostrarle respeto y cúbralo de nuevo.

La agente lo hizo, pero con tanta delicadeza que dilató demasiado el movimiento.

—¡Vamos, hágalo de una vez! ¿Hoy tiene usted un día tonto?

—En absoluto, mi teniente.

Julián Tresser estaba de mal humor. No dejaba de pensar en aquella silicona que sellaba el cajero del banco y que le había condenado a seguir sin un euro en el bolsillo. «¿Por qué esas ganas de fastidiar?», se preguntó, al tiempo que deseaba un buen café, precisamente cuando no podía pagárselo. Debía amordazar su indignación para centrarse en aquella mujer decapitada. Según órdenes de la Comandancia, la primera patrulla de la Guardia Civil que había llegado al luctuoso escenario retenía en la oficina a los funcionarios y a los testigos, mientras la Policía Local acordonaba la zona y ocultaba tras un biombo a la fallecida. Aún se aguardaba la llegada de la comisión judicial y de la policía científica, que realizaría la inspección ocular del cadáver y recogería muestras. Cuando el teniente y Brancho entraron en la delegación de la Seguridad Social, hubo que poner orden inmediatamente. Se habían formado corrillos, se hablaba o se gemía en voz alta; una mezcla pastosa de histeria e indignación se había apropiado del ambiente.

—¡Hagan el favor de permanecer en silencio! —gritó el teniente con firmeza.

Allí había alrededor de treinta personas tan impactadas que no eran capaces de sujetar sus emociones, cuando en aquellos momentos era tan necesario que las contuvieran para que relataran con serenidad lo que acababa de ocurrir. Los guardias civiles les proporcionaron agua y les tranquilizaron con palabras de aliento. Durante dos horas se les interrogó a todos, uno por uno, en un pequeño despacho. Quienes presenciaron el suceso —cuatro compañeros de la víctima y otras seis personas que entraban o salían de la oficina en aquel momento— coincidieron en que era una mujer quien empujó mortalmente a la funcionaria, aunque no acertaban a

definir con exactitud sus rasgos físicos, sobre todo por el sombrero de ala ancha que cubría su cabeza. Era joven, no más de treinta y cinco años, y nadie supo determinar de dónde había salido. «Apareció de repente», fue la frase que más se escuchó. ¿Y quién era Pepa Ordovás? Una funcionaria de cuarenta y cuatro años, sindicalista, casada con un funcionario del Ministerio de Industria, con dos hijos adolescentes. Había otros detalles que el teniente quiso comentar con la directora de la delegación, a la que se ordenó que permaneciera en su despacho hasta que finalizaran los interrogatorios.

Testimonios de voces entrecortadas, ordenadores expulsando lentamente los listados de todas las personas que habían hecho gestiones aquella mañana, el escrupuloso visionado de las cámaras de seguridad... Fue una mañana intensa para el teniente Tresser, en la que no pudo tomarse ese café caliente y tuvo que conformarse con agua fría en vaso de plástico. La imagen de la misteriosa mujer con sombrero había quedado grabada en las cámaras: cuando entró en la oficina, cuando se sentó a esperar junto a otras veinte personas más y revisó unos papeles que sacó de una carpeta y, finalmente, cuando se levantó y avanzó por el pasillo hacia el departamento donde trabajaba Pepa Ordovás. Allí se perdía su rastro en el vídeo, pues, inexplicablemente, no había cámara alguna en esa área tan expuesta a la ira ajena, ya que era donde se fraguaba la ejecución de deudas y embargos. Además, la mujer no se quitó el sombrero en ningún momento, lo cual dificultó su identificación facial. De hecho, en sus rasgos solo podían adivinarse los labios y el mentón, pero tampoco aparecían nítidos. La cámara volvió a captarla minutos después, al salir de la oficina. Ya en la puerta, en la calle, pasó por delante de Pepa Ordovás y sus compañeros, todos con sus panderetas y sus campanillas, y pareció que proseguía su camino cuando detuvo su marcha, volvió sobre sus pasos, se acercó a la funcionaria, le escupió a la cara, la empujó con fuerza, se sobresaltó cuando constató que la mujer se estrellaba contra la cristalera y se quedaba sin cabeza —parecía impactada por el violento resultado del empujón— y se alejó corriendo.

Más tarde se encontrarían su sombrero y su anorak en un contenedor de basura cercano a la delegación. A partir de entonces, sin las prendas que la singularizaban, su huida le resultó más fácil y para los investigadores todo se volvió más complicado.

En las estrechas y laberínticas calles del centro de Uvés no había cámaras. Esa zona era el único vestigio que quedaba del pasado, casi cuatro décadas atrás, cuando se construyó una pequeña urbanización junto a un arroyuelo y se fue agigantando con los años. Uvés era un pueblo sin historia, a diferencia de otros de la zona noroeste de Madrid, y cuando logró ser elevado a la categoría de municipio se imitó la vetustez de un casco antiguo, diseñando callejuelas de adoquines en torno al ayuntamiento, construyendo casas bajas de mampostería —muchas de las cuales se adjudicaron a los funcionarios municipales— y embelleciendo el entorno con fuentes de piedra envejecida para dotar al pueblo de un linaje del que carecía. Ahora, ese falso centro histórico se había quedado sin vida, sin apenas tiendas, con un par de bares y un estanco, porque los moradores de las muchas urbanizaciones que lo circundaban disponían en los alrededores de centros comerciales para hacer sus compras y aparcar con facilidad. Ni siquiera el edificio del consistorio y, muy cerca de él, la delegación de la Seguridad Social habían logrado revitalizar la zona, arrinconada casi definitivamente por la modernidad. La mujer que empujó fatalmente a Pepa Ordovás no dejó su rastro en aquellas calles, ningún vecino la vio, todos fueron interrogados puerta por puerta. No se pudo conocer siquiera el color de sus cabellos ni la prenda que llevaba bajo el anorak. Tan solo se sabía que llevaba pantalones y botines de color negro, tal como mostraron las cámaras. Su compleción era la de una joven alta y delgada. Uno de los testigos, una mujer, había recordado también que olía a perfume caro. «Lo reconocí. Mi hermana lo usa desde hace muchos años. No cuesta menos de ochenta euros», afirmó.

Una mujer joven, un perfume caro. Era lo único que tenían hasta que se cotejaron todos los nombres de quienes habían visitado la Tesorería esa mañana: alrededor de cincuen-

ta personas, de las cuales veinte eran mujeres y ocho se correspondían con la edad de la agresora. Únicamente tres de ellas estaban en la oficina en el momento del suceso y fueron interrogadas. Era necesario contactar con las otras cinco. Y había que hacerlo rápido, pues la muerte violenta de Pepa Ordovás había soliviantado a los funcionarios de la Administración y, menos de una hora después del mortal empujón, ya se estaban manifestando en las puertas de las delegaciones de la Seguridad Social y del Inem de buena parte del país, reclamando más seguridad, mayores penas para los agresores y exigiendo la rápida captura de quien había segado la vida de su compañera. «Nosotros no tenemos la culpa de la crisis», escribieron en sus pancartas.

En la Comandancia de la Guardia Civil de Madrid, el capitán Díaz Visedo llevaba toda la mañana al teléfono. Sus superiores le presionaban para resolver lo antes posible el caso Ordovás y él a su vez también presionaba al teniente Tresser. Ahora lo tenía frente a él, en su despacho, y le apremió aún más.

—Es urgente saber quién es la maldita mujer del sombrero y cuando digo *urgente* me refiero a que hoy ya deberíamos saber algo.

—Mi capitán, hay cinco mujeres que se corresponden con la edad que suponemos que tiene la agresora y...

—Ya lo sé, Tresser —le interrumpió—, le faltan recursos, no tiene suficientes efectivos. No quiero oírlo más. Tendría que estar más que acostumbrado a trabajar así, todos lo estamos. No debería tener que recordárselo.

Díaz Visedo no era la misma persona que el teniente había conocido varios años atrás. Hacía once meses que había perdido a su esposa, atropellada por un camión cuyo conductor aparcó sin echar el freno de mano cuando ella cruzaba una de las avenidas de Uvés. Regresaba del centro de salud, a donde había ido a recoger una analítica rutinaria. Quedó atrapada bajo las ruedas y murió en el acto. Desde entonces, el capitán perdía el humor con frecuencia, combinaba actitudes hurañas con otras taciturnas y había abandonado su pasión: la micología. Su entusiasmo por el estudio de las setas se había volatili-

zado como el humo azotado por el viento. Ya no las mencionaba nunca, tan aficionado como había sido a establecer símiles con los casos que investigaba. En su despacho tampoco se exhibían las placas de reconocimiento a sus estudios sobre las setas, que con tanto orgullo había expuesto hasta entonces, y no frecuentaba las sociedades de micología a las que pertenecía. Era un hombre derrotado por la pérdida. A pesar de que se le había obligado a someterse a terapia psicológica y se le dio la baja por depresión tras el fallecimiento, Díaz Visedo no soportaba la inactividad y no tardó ni un mes en reincorporarse al servicio. Tras compartir un par de semanas con su hija y su yerno en Las Palmas, ambos guardias civiles y destinados allí, regresó a Madrid y, aunque antaño había desdeñado promocionarse en el Cuerpo, solicitó la evaluación para ascender a comandante, aunque ello pudiera implicar que se le asignara un nuevo destino. Ya no le importaba abandonar Uvés y vivir en otra ciudad. A sus cincuenta y ocho años, a solo tres de pasar a la reserva, había perdido todo interés por lo que la vida pudiera depararle.

—Pero ya que usted se queja tanto, Tresser —expresó, molesto—, le diré que, si pudiera, le asignaría de nuevo al cabo Coira en comisión de servicio, pues los dos trabajan bien juntos, pero está de vacaciones en Galicia hasta el 2 de enero. Llevaba cuatro años sin pasar las Navidades con los suyos y le concedí el permiso. No podía imaginar el lío que se ha organizado, con los funcionarios manifestándose en toda España. No sé qué quieren. ¿Cuatro patrullas de policía en la puerta de cada oficina, como si fueran ministerios? Pues no se puede. La crisis es así. Ya nadie es amable —zanjó.

—Tiene razón. —Y la tenía, pero el teniente se la habría dado también si no fuera así. Ya había aprendido a manejarse con el *nuevo* Díaz Visedo.

A Tresser le desalentó saber que no podría contar con Coira, cuando él lo daba por hecho. Era cierto que se entendían bien, y más desde que el cabo, que ya había decidido opositar a sargento, había finalizado el curso de Policía Judicial y eso, sin duda, mejoraba sus aptitudes para cualquier investigación.

—De todos modos, mi capitán, este parece ser un caso de homicidio involuntario si la investigación no señala lo contrario. Hemos visionado las grabaciones de las cámaras de seguridad, de las que le he traído una copia, y da la sensación de que la mujer no tenía intención de matar a la funcionaria cuando le dio el empujón.

—¿Y por qué la agredió a ella y no a otro compañero? ¿Fue por azar? ¿Le servía cualquier funcionario para volcar su ira, si es que eso fue lo que la impulsó, o realmente la conocía de algo?

—Eso no lo sabremos hasta que no se identifique a todas las mujeres que han estado esta mañana en la oficina de la Seguridad Social. Brancho y dos guardias más ya están con los listados en el cuartel de Uvés, comenzando obviamente por las que atendió Ordovás. Se las visitará una a una, pero estamos en Navidades y eso complica las cosas. Por otra parte, el interrogatorio realizado individualmente a cada funcionario nos ha permitido saber que la víctima se mostraba bastante hostil en su atención al público. Sus compañeros ya le habían advertido de que debía cuidar más las formas e incluso hubo personas, cinco en los últimos dos meses, que solicitaron ser atendidas por otro funcionario que no fuera ella. A la directora de la delegación no le consta que fuera así, porque ningún ciudadano presentó denuncia alguna.

—Pero ¿qué es lo que hacía esa mujer para suscitar tanta antipatía?

—Según sus compañeros, tenía un carácter bastante exaltado. Aunque era militante de UGT, cuestionaba a Zapatero. Decía que le había decepcionado por sus políticas contra los trabajadores y, sin confesarlo abiertamente, soliviantaba a los cotizantes morosos para que ellos a la vez se crisparan contra el presidente del Gobierno. Por lo visto, hizo lo mismo cuando gobernaba Aznar. No tiene sentido, pero al parecer ese era su comportamiento. Les decía cosas como «Si usted no puede pagar su cuota de autónomo, cierre su negocio». Tampoco hacía demasiados esfuerzos para consultar con la directora una posible regularización de las deudas, cuando los otros funcionarios sí lo hacían habitualmente. En suma, no facilitaba las cosas.

—Hay que ser estúpida para exponerse así ante personas desconocidas que pueden perder los nervios en estos tiempos de crisis —comentó Díaz Visedo mientras miraba el reloj—. Quizá es lo que le sucedió a la joven que la empujó. Me cuesta creer que nadie se acuerde de una mujer que llevaba un ostentoso sombrero de ala ancha y que, como usted me ha comentado, no se quitó en ningún momento. También me pregunto por qué huyó, cuando parece claro que no pretendía matarla. Le dio un empujón y la cristalera hizo el resto. Por cierto, ¿cómo pudo romperse entera? Estos vidrios suelen ser bastante gruesos y resistentes, y más lo deberían ser cuando se trata de un edificio oficial.

—Ha sido una cuestión de mala suerte, mi capitán, porque pocos días antes el cristal había recibido una pedrada. No se rompió, pero sí generó tensiones en el vidrio que facilitaron su rotura tras el empujón. En fin, de un modo o de otro encontraremos a la agresora —afirmó Tresser sin demasiada convicción. Tardarían días en identificarla entre las mujeres que visitaron la Tesorería, en plenas fiestas navideñas, cuando tantas familias se trasladaban de un lugar a otro del país.

—Sí, ya sé que la encontrarán, Tresser, solo faltaría que no fuera así, pero la pregunta es cuándo. *Cuándo*, se lo subrayo a usted. Ahora tengo que dejarle. —Volvió a mirar el reloj—. Me espera el portavoz de la Comandancia para que le informe antes de hablar con la prensa y calmar a los funcionarios. ¿Me ha traído el atestado y las diligencias?

—Por supuesto, mi capitán.

—¿Ha hablado con el marido?

—Está hospitalizado. Ha sufrido un amago de infarto al conocer la noticia.

—Es duro quedarse viudo —reflexionó el capitán con pesar—. No sabe la suerte que tiene usted por estar soltero a sus cuarenta y tantos, Tresser.

—Nunca me lo había planteado así.

Julián no supo en aquel momento cuántos años habían transcurrido desde que se había divorciado de su mujer. Ya no los recordaba, pero además tampoco lograba fijar en su

mente el rostro de ella, que se le aparecía desdibujado, como reflejado en un espejo roto. No le incomodó aquel lapsus y tampoco se preguntó qué habría sido de ella. Estaba más pendiente de un inminente desahogo del capitán sobre la soledad de la viudez, porque no hubiera sabido qué contestarle. Todo duelo por una pérdida es inconsolable, por mucho que los demás se empeñen en aliviarlo. Cualquier intento por hacerlo, pensó, es inútil y, aún peor, torpe. Había pasado por la experiencia de la pérdida, de otro modo, en diferente situación, pero sabía que en tales casos es mejor escuchar y no abrir la boca o hacerlo tan solo para respirar.

—Hace bien, Tresser. Soltero y sin cargas familiares que le aten a la vida, porque si un día se soltaran, como me ha sucedido a mí, se pasaría el resto de su existencia en caída libre.

El teniente no le contestó. Se limitó a bajar la mirada y soportar el silencio triste que se generó entre los dos. Luego, se cuadró ante su superior, le entregó los informes y las copias de las imágenes de videovigilancia y abandonó el despacho. Ya en el pasillo, sintió que necesitaba refrescarse la cara y se dirigió al lavabo. Como siempre, la calefacción de la Comandancia le resultaba insoportable. Por lo visto, no había manera de ajustar el termostato a los veintiún grados que se recomendaban para que el calor no fuera tan sofocante. Dedujo que allí se estaban sobrepasando los veinticinco, cuando en tantos cuarteles del país el mal estado de las calderas condenaba a los guardias civiles a pasar tanto frío que se compraban estufas de butano pagadas de sus propios bolsillos. Pero en la Comandancia el derroche de calor parecía no importar a nadie. Y en verano, con el aire acondicionado, sucedía justo lo contrario: uno salía del edificio con las manos heladas. Sí, en la Guardia Civil las cosas eran así, nunca existía presupuesto para procurar un mínimo confort a los agentes y sí mucho dispendio para asegurárselo a los mandos superiores. Sabía que, al plegarse a la resignación ante aquellos injustos desequilibrios, perdía algo por el camino, quizá a sí mismo, y eso a veces le incomodaba, pero tampoco hacía nada para cambiar las cosas. De hecho, a pesar de que habían transcu-

rrido dos años desde que se inhabilitara por aluminosis una amplia zona del puesto principal de San Lorenzo de El Escorial y muchos agentes, incluida su propia Unidad de Policía Judicial, continuaran reacomodados en el cuartel de Uvés de San Juan, el teniente no había presentado queja alguna sobre tan inexplicable retraso en las obras de rehabilitación. Estaban paradas desde hacía diez meses. «Nueva reasignación de presupuesto», había sido la justificación por escrito, sin más. Pero Julián Tresser vivía desde hacía tiempo en Uvés, a pocos kilómetros de San Lorenzo de El Escorial, a solo cuatro minutos en coche del cuartel provisional y a diez caminando. Era tan cómodo vivir tan cerca de su lugar de trabajo que no había protestado sobre la situación. Tampoco los agentes bajo su mando estaban descontentos. Además, la sargento Varela, la nueva comandante de puesto, una mujer tan afable como eficaz en su cometido, les facilitaba tanto las cosas a los *intrusos* que nadie parecía echar de menos volver al cuartel primigenio. Bien sabía el teniente que esa relajación en las reivindicaciones no era el proceder más correcto, pues los mandos podían utilizarla como ejemplo de paciencia y comprensión frente a las quejas de otros cuarteles, sobre todo los rurales, en muchos de los cuales el mantenimiento era prácticamente nulo. No hallaba contrapeso alguno a esa dicotomía entre comodidad y solidaridad. Se reprochaba a sí mismo esa falta de compañerismo, aquella confortable desidia a la que todos los *reacomodados* parecían haberse abandonado, él a la cabeza. Dejaba pasar el tiempo. No estaba haciendo nada. A lo mejor era su forma de ser, alegó a su favor.

Se echó agua sobre la cara y se miró en el espejo. En realidad, no solo había entrado en el lavabo para refrescarse, sino también para victimizarse en soledad. Cuando el capitán le felicitó por no tener cargas familiares, le molestó que hubiera olvidado que llevaba dos años buscando a Luba. La búsqueda de aquella niña desaparecida dos años atrás se había convertido casi en una obsesión. Antes de dirigirse cada mañana al cuartel, Julián entraba en la habitación que había preparado para acogerla cuando la encontrara y permanecía unos

minutos dejándose envolver por la pesadumbre. Todos los muebles eran rosas, como él pensaba que debía ser el dormitorio de una niña, aunque en aquel momento ya tendría catorce años, una adolescente. Cuando los eligió, la dependienta de El Corte Inglés que le atendió le sugirió: «Quizá ese color sea demasiado infantil. A los catorce años ya no están mucho por el rosa». Pero él estaba empeñado. «Es para mi hija y le gusta», mintió. Luba tenía solo doce cuando desapareció sin dejar rastro, tras la resolución del caso que el teniente estaba investigando en aquel momento. Fue entonces cuando se enteró de que ambos podían tener vínculos familiares. Cabía esa posibilidad, esa realidad sorprendente. Desde entonces, era *su* niña. Él se consideraba *su* padre, aunque los lazos de sangre fueran lejanos y ni siquiera estuviera seguro de que tales nexos existieran de verdad. Desoyendo las sugerencias de la dependienta, que sin duda sabía mucho más que él sobre los gustos de las adolescentes, Julián seleccionó el mobiliario más cursi. La cama, con un cabecero de forja lleno de mariposas de colores, estaba cubierta por un edredón con grandes corazones rosas estampados sobre un fondo azul celeste. El conjunto no era barato, pero no le importaba el dinero gastado para esperar a Luba. La habitación tenía su propio baño, con mullidas toallas también de color chicle, en las que había encargado bordar unas iniciales: «LT». Luba Tresser.

Únicamente en aquel dormitorio la sentía cerca, la sentía viva. Le causaba tal desasosiego suponerla muerta que, cuando le atenazaban los malos presagios, compraba un objeto más para aquel dormitorio. Poco a poco lo había llenado de lápices y rotuladores de colores, novelas infantiles, una cadena de música, un pequeño televisor, un ordenador portátil, vestidos de verano, anoraks de invierno, calzado deportivo, cedés de cantantes de moda. Al final de cada semana añadía nuevos elementos a la estancia con una perseverancia obsesiva. Su gata Greta también parecía esperar a Luba. Dormitaba casi siempre en su cama y cada mañana, al despertar, se encaramaba a la cornisa de la gran ventana y pasaba un buen rato mirando al otro lado del cristal, sentada sobre las patas trase-

ras, aguardando a la ausente como una pequeña esfinge negra de ojos azules.

Serían estas las segundas Navidades sin Luba, quizá la única familia que le quedaba. Sus padres estaban muertos. Solo faltaba ella en aquel ático dúplex con amplia terraza, tres dormitorios, uno en la planta baja, el suyo, y dos en el piso superior; el que aguardaba a Luba era abuhardillado, con una pequeña terraza. Lo había estrenado hacía un año en la mejor zona de Uvés. Lo adquirió con el dinero de la venta de la vivienda de su madre, más una pequeña hipoteca que no le costaba esfuerzo pagar, pues además había arrendado como hostería rural la casa familiar del pueblo de Ávila donde había pasado los veranos de su infancia. Había encargado la gestión a una inmobiliaria abulense y de lo único de lo que se ocupaba era de recibir su renta mensual. Así que, con el dinero de sus transacciones inmobiliarias, Julián había abandonado su pequeño apartamento de Uvés y se había mudado a uno de sus barrios más caros, el de Los Océanos, denominado así porque sus cinco calles principales tenían nombre de grandes mares. Su calle era la del Ártico.

Sin Luba en su vida, nunca habría optado por esa zona tan exclusiva, con aquel vecindario tan alejado de su austero estilo de vida, un vecindario tan absurdamente ostentoso desde la discreción, con ese trato cotidiano que aparentaba naturalidad, pero que, a la vez, establecía tal distancia con quien no pertenecía al clan, como era su caso, que uno se sentía permanentemente desubicado. Pero Julián había elegido ese barrio porque anhelaba para Luba lo más parecido a un paraíso, una especie de Camelot donde ella, cuando Julián la encontrara, se sintiera una reina con el trono recién estrenado, blindada por la suntuosidad frente a la fealdad del mundo. La aparición de aquella niña, pensaba, podría salvarle de una amargura de la que no lograba desprenderse. Recordaba el relato bíblico en el que Edith, la esposa de Lot, quedó convertida en estatua de sal cuando volvió la vista hacia la ciudad de Sodoma, de la que huía con su familia mientras estaba siendo destruida por los enviados de Dios. La última mirada hacia la destrucción la

petrificó. Julián sentía que a él podía sucederle lo mismo: si miraba hacia atrás, aquel gesto lo paralizaría. Necesitaba comenzar una nueva vida, cerrar su propio círculo infernal recuperando a Luba, pero ninguna de sus pesquisas había dado resultado. Dos años, veinticuatro meses, cerca de ochocientos días sin saber de ella.

Se refrescó de nuevo el rostro, sintiendo en aquel lavabo de la Comandancia el latigazo desmesurado del calor ambiental. Se estaba secando las manos con una toalla de papel cuando notó en el bolsillo del pantalón la vibración de su teléfono móvil y atendió enseguida la llamada.

—Julián, soy Teresa.

Teresa Nanclar era subinspectora del Cuerpo Nacional de Policía y una buena amiga desde hacía años. Había contactado con ella tras la desaparición de Luba, para que estuviera al tanto de que el teniente la estaba buscando.

—Te he llamado varias veces y no te he localizado —le dijo la agente—. ¿Qué te ocurre con el teléfono? Es tan importante lo que debo decirte que me he puesto nerviosa y he llamado a tu subordinado, el cabo Coira. Me diste su móvil por si no te localizaba y había noticias. Por fin las hay. Hace dos días se desmanteló un casino ilegal donde se explotaba sexualmente a varias chicas. Ha aparecido el nombre de Luba.

—¿Luba? —Tresser pronunció su nombre y un escalofrío le recorrió el cuerpo—. ¿Está viva?

—Hasta hace dos días, sí.

A Julián le pareció que su corazón se detenía abruptamente. No lo escuchó latir. Solo fue un instante de silencio, pero durante aquel ínfimo momento, paradójicamente, tuvo la extraña sensación de revivir tras la muerte.